



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Holloway, John

¿Cuán lejos está América Latina de Nottingham?

Bajo el Volcán, vol. 10, núm. 16, 2011, pp. 95-100

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28620697005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

¿CUÁN LEJOS ESTÁ AMÉRICA LATINA DE NOTTINGHAM?*

John Holloway

RESUMEN

En este texto el autor habla de las diferencias entre lo que denomina una política de la pobreza y una política de la dignidad tomando en cuenta los cambios políticos en las Américas (el *Pink Tide*). El argumento es que la política de la dignidad hace una crítica directa a categorías epistemológicas de estudio y de mando, mientras aboga por la búsqueda de opciones más dialógicas, una política desde los sujetos.

Palabras claves: dignidad, pobreza, Estado, progreso, anticapitalismo.

SUMMARY

The article looks at the differences between a politics of poverty and a politics of dignity in relation to the political changes in the Americas (the so-called *Pink Tide*). The article suggests that a politics of dignity implies a direct critique of epistemological categories and argues for looking for more dialogical options, a politics that starts from the subjects.

Key words: dignity, poverty, state, progress, anti-capitalism.

¿Cuán lejos está América Latina de Nottingham? Depende de cómo se lo mida. Se puede medir en términos de una política de la pobreza o en términos de una política de la dignidad.

Una política de la pobreza significa para mí una política que comienza a partir de la pobreza de las grandes masas de pueblo y el deseo de eliminarla. Esto tiene una base real. Hay en la región una pobreza enorme. Cuando llegas allí por primera vez resulta chocante ver la cantidad de gente

vendiendo objetos en los semáforos o mendigando en las calles, las ciudades perdidas, la pobreza en el campo. Una gran parte de la población vive en la pobreza, en la extrema pobreza. Y a su lado, las grandes casas y los coches importantes, las obvias desigualdades entre los ricos y los pobres.

La reacción inmediata al observar todo eso es decir que debemos luchar para eliminar la pobreza y terminar con la injusticia. Necesitamos progreso económico y un gobierno que introduzca políticas que beneficien a los pobres y ataquen las estructuras de la injusticia, un gobierno que trate de liberarse del neoliberalismo que ha causado tanta miseria en la región en los últimos treinta años, que mejore la salud y la educación. Como sabemos, ahora hay una cantidad de gobiernos que están firmemente comprometidos a realizar cambios importantes en esa dirección, los cuales deben ser bienvenidos.

Pero hay más. Regresemos a los pobres y hablemos con ellos, mejor dicho, escuchémoslos; cuando se los escucha ellos se abren y cuando se abren ya no se los ve como pobres a los que se les tiene lástima o como gente a la que tenemos que cuidar, sino como gente que lucha, en una lucha cotidiana por la existencia y muy a menudo en una lucha colectiva por una sociedad mejor. Cuando se los escucha, la tercera persona se disuelve, la relación de tercera persona que los separa de nosotros. Uno se da cuenta que uno es parte de un nosotros atrapados en un mundo de injusticia y tratando de descubrir una salida, parte de un frustrado nosotros que tiene la capacidad de crear un nuevo nosotros, sin conseguirlo. Dentro de la pobreza descubrimos dignidad: la dignidad del pobre y nuestra dignidad. Dentro del objeto un sujeto objetivado luchando contra su propia objetivación.

Esto cambia todo, porque cambia nuestra forma de pensar acerca de la política, la manera de organizarnos políticamente y la forma de comprender qué está sucediendo en América Latina y en el mundo.

Antes que nada, la dignidad rompe el Estado como forma de organización. El concepto de pobreza lleva a una política orientada hacia el Estado. Los pobres son un “ellos” –gente pobre– y la forma de cambiar las cosas para ellos es mejorarlos en su beneficio. El Estado es fundamentalmente eso –un grupo de profesionales que proclama que mejora a la gente y esto siempre implica imponer su punto de vista sobre qué es “en beneficio de

la gente”, tratando a ésta como si fueran objetos—. Sin embargo, la dignidad dice: “No, gracias, no hagan nada por nosotros, lo haremos nosotros mismos”. Pensar la política desde el sujeto significa pensar acerca de diferentes formas de organización, formas que articulen los deseos colectivos de los propios interesados –asambleas, concejos, juntas de buen gobierno, formas de organización que buscan superar la separación entre la política y la vida cotidiana—. A menudo a esto se le llama política de autonomía o de diálogo, más que monólogo, más de escuchar que de hablar, una política de mandar obedeciendo como dicen los zapatistas: una forma de organización que busca la objetiva subordinación de todas las decisiones al deseo colectivo de la comunidad.

Esto significa una crítica a la democracia representativa. Un representante es alguien que proclama actuar “por nuestro bien”. El mismo acto de representación es la creación de una esfera pública separada de lo privado, un acto de distanciamiento de la política y la vida, una exclusión. Un concepto de dignidad empuja hacia una forma de democracia diferente, que no excluya.

La dignidad disuelve la tercera persona, el Estado, la democracia representativa y disuelve también el progreso. El concepto de pobreza está ligado fuertemente al de progreso. Generalmente, el progreso se ve como el antídoto a la pobreza, pero es un progreso que se comprende por tener una existencia autónoma, objetiva, algo que debemos lograr. Por otro lado, la dignidad es antiprogresiva, no en el sentido de no querer desarrollar las capacidades humanas para crear un mundo mejor, sino en el de subordinar los cambios a la consideración colectiva: si progreso significa construir ciudades cada vez más grandes, probablemente no sea eso lo que queremos; si progreso quiere decir cubrir el mundo de carreteras es probable que no lo deseemos; si progreso implica acelerar el calentamiento global esto tampoco anhelamos.

Pero Progreso, como una fuerza autónoma fuera de nuestro control, simplemente la operación de la ley del valor, la regla del tiempo de trabajo socialmente necesario de ese impulso vacío, aunque todopoderoso, de más rápido-más rápido-más rápido que determina lo que se hace y cómo se hace en el capitalismo. La Dignidad, entonces, es anticapitalista en el

sentido profundo de romper el tiempo del capitalismo, en confrontar al más rápido-más rápido-más rápido del capitalismo en un “vamos, bajemos la velocidad, discutamos si realmente queremos una nueva autopista, la mecanización de la agricultura o si verdaderamente deseamos trabajar bajo tanta presión”.

Resumiendo, dignidad nos lleva a un universo epistemológico totalmente diferente donde todo está abierto: el significado de conocimiento, el significado de investigación, el significado de política, el significado de revolución, el significado de clase, el significado de trabajo, tiempo, espacio, el significado de izquierda y derecha. La persona a la que comenzamos clasificando como pobre se vuelve a nosotros y nos dice: “Yo no soy pobre, estoy en la lucha, tengo dignidad” y, de esta manera, nos tira a la cara todas nuestras categorías y nos fuerza a re-pensar todo. Es el burbujear manifiesto de dignidad lo que hace que, en este momento, América Latina sea un lugar muy excitante.

Pero, por supuesto, la dignidad está bullendo por todo el mundo. Y, por supuesto, la política de América Latina, o hasta la política radical de América Latina, no es sólo una política de la dignidad. Más bien es un entretejido extremadamente complejo de política de la pobreza y política de la dignidad. En un extremo, tal vez tenemos a los zapatistas que proclaman la dignidad como su principio central –y en esto son imitados por muchos de los movimientos de oposición– y, por otro lado, tenemos los gobiernos de Bolivia y Venezuela, digamos, que por su forma de existencia como Estados, actúan a favor de la gente, no importa lo dispuestos que estén a consultarla.

Pero la diferencia no es tan simple, por supuesto, y no es consecuencia necesaria de los límites institucionales. Hay ciertas instancias en las cuales los zapatistas u otros grupos reproducen las prácticas autoritarias o en las que los que apoyan a los zapatistas dicen “debemos ayudar a los pobres indígenas”, como también hay elementos dentro del Estado venezolano que tratan de romper con el Estado como forma de organización social y transformarlo en lo que ellos llaman “estado de la Comuna”. La tensión entre la política de la dignidad y la política de la pobreza puede

bien coexistir dentro de la misma persona. Sin embargo encuentro que la distinción ayuda, al menos, en tres aspectos.

En primer lugar pienso que significa que nosotros (las dos vías del pensamiento anticapitalista) debemos empujar juntos en la misma dirección mientras podamos. En ese sentido, confieso que soy uno de los tantos adherentes a la Otra Campaña en México, que sí voté por López Obrador en las últimas elecciones, a pesar de los fuertes ataques que llevaron en su contra los zapatistas durante la campaña y, por cierto, pienso que los gobiernos de Chávez y Morales son preferibles a los de sus predecesores.

Sin embargo, en segundo lugar, no pienso que, sencillamente, podamos sumar las dos políticas juntas, como argumentan los proponentes del poder popular en Argentina y en otras partes, porque aquí hay realmente dos lógicas diferentes, dos conceptos del mundo y la política diferentes, y acerca de lo que está en juego en un cambio social anticapitalista. Para decirlo de forma más simple, es el choque entre la izquierda progresista y la izquierda antiprogresista. Los gobiernos progresistas son sólo eso: progresistas con todo lo que significa en términos de encajar en el desarrollo capitalista de lo rápido-rápido-rápido y toda la destrucción involucrada, mientras que muchas de las luchas anticapitalistas más importantes, tanto en América Latina como en el mundo, se oponen explícitamente a la destrucción que conlleva el Progreso, ya sea en forma de nuevas líneas de subterráneos, estaciones nucleares o cambio climático. En ese sentido los zapatistas tienen razón en criticar la política de López Obrador, y simpatizo firmemente con la gente involucrada en los movimientos sociales de Bolivia entre los años 2000 y 2005, cuando sintieron que el gobierno de Morales no representaba aquello por lo cual ellos estaban luchando. Por eso también no soy demasiado optimista acerca del futuro de las derivaciones más radicales dentro del proceso Bolivariano en Venezuela.

En tercer lugar, creo que la distinción es procedente si volvemos a la pregunta crucial: ¿qué hacer? Desde la perspectiva de una política de la pobreza está claro: tomar el poder del Estado y transformar la sociedad en beneficio del pueblo. ¿Y desde la perspectiva de la dignidad?

No lo sabemos, pero tal vez lo mejor que podemos hacer es aquello que ya estamos haciendo, creando espacios y momentos de dignidad, en

los cuales no seguimos la lógica del capital, en los cuales creamos otras relaciones sociales y otra forma de hacer las cosas. En otras palabras, podemos crear y en realidad creamos grietas en la textura de las relaciones sociales capitalistas, grandes y pequeñas, espectaculares o apenas perceptibles, y la única manera de imaginar el cambio radical es a través de la expansión, multiplicación y confluencia de estas grietas hasta que alcancemos un punto en el cual dejemos de producir y reproducir capital.

Y en cuarto lugar (porque en cualquier lista numerada siempre hay un desborde, un rechazo a la contención), creo que la distinción es útil porque a quienes trabajamos en las universidades nos confronta con lo que estamos haciendo. Si pensamos en términos de la política de la pobreza es porque vivimos en un mundo de categorías preestablecidas en el cual podemos definir a Latinoamérica como nuestro último objeto de análisis, confortablemente separado de nosotros por el Océano Atlántico. Sin embargo, si nuestro objeto de análisis se transforma en un sujeto que mata a la tercera persona y nos tira bruscamente a la cara nuestras categorías, nos encontramos en un terreno inestable en el que tenemos que tantear el camino, experimentar, explorar y preguntar a medida que caminamos.

Si medimos a América Latina en términos de política de la pobreza, por supuesto, está allí, a un millón de millas de distancia desde Vancouver. Si la medimos en términos de la política de la dignidad entonces está bien, por sobre nosotros, un desafío rabioso, un llamado que nos despierta un domingo por la mañana, aquí en Nottingham, un terror apabullante, y una luminosa llama de esperanza para el futuro.

Preguntando caminamos.

NOTA

* Este artículo es una versión ligeramente modificada de una ponencia que se presentó en un congreso en la Universidad de Nottingham (Inglaterra) sobre los cambios políticos en las Américas (el *Pink Tide*) en enero de 2010.

Fecha de recepción: 6 de julio de 2010

Fecha de aceptación: 25 de noviembre de 2010